



Anales de Antropología

Volumen 39-II

2005



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO



Anales de Antropología

FUNDADOR JUAN COMAS

CONSEJO EDITORIAL

Lyle Campbell, Universidad de Canterbury

Milka Castro, Universidad de Chile

Mercedes Fernández-Martorell, Universidad de Barcelona

Santiago Genovés, Universidad Nacional Autónoma de México

David Grove, Universidad de Illinois, Universidad de Florida

Jane Hill, Universidad de Arizona

Kenneth Hirth, Universidad Estatal de Pennsylvania

Alfredo López Austin, Universidad Nacional Autónoma de México

Joyce Marcus, Universidad de Michigan

Katarzyna Miłkulska, Universidad de Varsovia

Kazuyazu Ochiai, Universidad de Hitotsubashi

Claudine Sauvain-Dugerdil, Universidad de Ginebra

Gian Franco De Stefano, Universidad de Roma

Luis Vásquez, CIESAS Occidente

Cosimo Zene, Universidad de Londres

EDITORES ASOCIADOS

Yolanda Lastra, Universidad Nacional Autónoma de México

Rodrigo Liendo, Universidad Nacional Autónoma de México

Rafael Pérez-Taylor, Universidad Nacional Autónoma de México

Carlos Serrano Sánchez, Universidad Nacional Autónoma de México

EDITOR

Lorenzo Ochoa, Universidad Nacional Autónoma de México

Anales de Antropología, Vol. 39-II, 2005, es editada por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F. ISSN: 0185-1225. Certificado de licitud de título (en trámite), Certificado de licitud de contenido (en trámite), reserva al título de Derechos de Autor 04-2002-111910213800-102.

Se terminó de imprimir en octubre de 2006, en *Navegantes de la Comunicación Gráfica, S.A. de C.V.*, México, D.F. La edición consta de 500 ejemplares en papel cultural de 90g; responsable de la obra: Lorenzo Ochoa; la composición la hicieron Martha Elba González y Héliida De Sales en el IIA; en ella se emplearon tipos Tiasco y Futura de 8, 9, 11 y 12 puntos. La corrección de estilo en español estuvo a cargo de Adriana Incháustegui, la corrección de textos en inglés estuvo a cargo de Nicolás Mutchinick; la edición estuvo al cuidado de Ada Ligia Torres y Héliida De Sales.

Diseño de portada: Andrea Méndez. Realización: Martha González. Adquisición de ejemplares: librería del Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, Circuito Exterior s/n, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, México, D.F., tel. 5622-9654, e-mail: libroia@servidor.unam.mx

TESTIMONIOS

TRES DÉCADAS DE ETNOGRAFÍA: EXPERIENCIAS Y REFLEXIONES

Andrés Medina Hernández

Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM

INTRODUCCIÓN

Resulta un tanto difícil seleccionar algunas de las múltiples experiencias vividas como investigador del Instituto de Investigaciones Antropológicas, particularmente, para referirse al inicio de un proceso de crecimiento en el que las diversas vicisitudes que han configurado su perfil revelan una trama sutil y compleja con las de la propia UNAM y con diversos acontecimientos de la vida política nacional.

Es posible centrarse en la vida académica interna y en la red de relaciones tejida en lo cotidiano, en las que se puede destacar la mirada personal y subjetiva acerca de los compañeros, de su trabajo y del tono específico de su presencia. Sin embargo, la propia experiencia de ejercer una perspectiva etnográfica tiñe todos los ámbitos de la vida y se extiende a los colegas, al ámbito laboral y al académico de la universidad, reclamando referencias al trasfondo histórico y cultural; sobre todo porque así se puede contribuir a la construcción de la biografía de uno de los más importantes centros de investigación antropológica del país y a una reflexión general sobre las particularidades de la producción antropológica en México.

En este breve texto aludiré a tres tópicos que me parece expresan aspectos significativos para la vida del Instituto y señalan claramente mi personal experiencia: el encuentro con investigadores que han contribuido a la fundación de la moderna antropología mexicana, las diversas vicisitudes de la vida sindical y una semblanza de aquellos colegas y compañeros de trabajo fallecidos a lo largo de este recorrido de treinta años.

ENCUENTROS AFORTUNADOS

Mi ingreso a la Sección de Antropología del Instituto de Investigaciones Históricas fue en el mes de abril de 1972, cuyo jefe era el doctor Juan Comas, indudablemente la personalidad que marcaría profundamente al Instituto en el lapso que va de su fundación a su transformación en el Instituto de Investigaciones Antropológicas. La presencia enérgica y vital de Comas nutriría de muchas maneras la vida de la sección. Su peculiar voz tartamudeante y su caminar apresurado, así como su afabilidad y atuendo impecable le otorgaban su innegable condición de protagonista central, pues no sólo atendía las cuestiones administrativas, sino también era el fundador e impulsor de *Anales de Antropología*, así como el que daba puntual seguimiento a las publicaciones en proceso.

Si bien fui alumno del doctor Comas en la ENAH, en el curso de Antropología Física del tronco común, no fue sino hasta que nos encontramos en el Instituto Indigenista Interamericano, en 1971, mientras esa institución celebraba sus treinta años y publicaba la aparición de un número conmemorativo de la revista *América Indígena*, cuando trabajamos amistad; yo había escrito una breve semblanza de Juan Comas acerca de su obra indigenista, lo que era parte de mi trabajo como colaborador técnico del encargado de la revista, el doctor Alejandro Marroquín. Comas estuvo de acuerdo con mi texto y, a partir de éste, comentamos diversas cuestiones en torno a la historia del Indigenista Interamericano, en el que había tenido también una importante participación al lado del doctor Gamio, por quien mostraba un gran afecto y mucho respeto.

Como secretario del Interamericano, Comas había tenido un papel destacado en la organización de los congresos indigenistas interamericanos, y como editor de *América Indígena*, la había convertido en la más importante revista indigenista continental, por la calidad de su material y la puntualidad de su aparición trimestral. Esta revista es una de las más ricas fuentes sobre etnografía, antropología aplicada y política indigenista de la segunda mitad del siglo veinte, particularmente de la década de los cuarenta a la de los ochenta.

Yo conocía la Sección de Antropología de la UNAM, ya que en 1958 trabajé dos meses como ayudante del doctor Mauricio Swadesh. Mi tarea era hacer los mapas y cuadros con las clasificaciones glotocronológicas de las lenguas americanas, así como también transcribir listas de palabras de la lengua salish, hechas de puño y letra por Franz Boas, usando los signos del sistema fonético internacional. De ese tiempo, lo que más recuerdo eran las largas listas en papel que cubrían materialmente las paredes del cubículo del doctor Paul Kirchhoff con registros calendáricos que iban de techo a piso. Luego, en 1971, asistí a una

reunión convocada por Guillermo Bonfil, entonces todavía investigador de la sección. A dicha reunión asistimos Salomón Nahmad, Ricardo Pozas, Arturo Warman —me parece que Leonel Durán— y yo, para discutir sobre las unidades políticamente significativas de los pueblos indios. En ese entonces no surgía todavía el concepto “grupo étnico” como referente central, al menos no para la población indígena mexicana; don Ricardo Pozas destacó entonces la importancia de la comunidad como una instancia fundamental. Era evidentemente el principio de un trabajo político y teórico que habría de conducir a la organización del Consejo Nacional de Pueblos Indígenas y a la creación de los llamados Consejos Supremos. No volvía a participar en ninguna otra reunión; mi presencia fue por mi vínculo de ese tiempo con el Instituto Indigenista Interamericano; pero al año siguiente Guillermo Bonfil fue nombrado director del INAH, y yo renuncié tanto a mi trabajo en el Interamericano como al propio INAH, para ingresar entonces a la Sección de Antropología de la UNAM, heredando el escritorio de Bonfil, mismo que conservo hasta la actualidad.

Entre los encuentros más agradables y estimulantes con personalidades de la antropología mexicana, en el espacio del Instituto de Investigaciones Antropológicas, guardo una vívida impresión de la amistad establecida con el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán y el maestro Alfonso Villa Rojas. A ambos los tenía bien presentes como funcionarios e ideólogos de la política indigenista en México; de hecho, una de las líneas de trabajo que desarrollaba yo en ese entonces era de crítica a la política indigenista, como lo muestra el artículo “¿Etnología o literatura? El caso de Benítez y sus indios”, publicado en el volumen 10 de *Anales de Antropología* (1974).

La intención principal de este ensayo era denunciar la extrema distorsión que Fernando Benítez, famoso periodista y escritor extremadamente hábil para mantenerse en las cercanías del poder presidencial, hacía de la información etnográfica en los primeros tres volúmenes de su obra *Los indios de México*. Me preocupaba el romanticismo y el profundo racismo que permeaba su obra, pero sobre todo me preocupaba el hecho de que había escuchado elogiosos comentarios por parte de colegas, tanto de la ENAH como del propio IIA. Era evidente, para mí, que Benítez se había iniciado en el campo de la cultura de los pueblos indios contemporáneos con dos espléndidos textos de crónica periodística: “Viaje a la Tarahumara” y “Ki, el drama de un pueblo y una planta”, pero luego ingresó al ámbito del indigenismo y de la etnografía a través de una estrecha relación establecida con el doctor Alfonso Caso y el Instituto Nacional Indigenista (INI), que le llevaría a difundir los beneficios de la política indigenista. Para cuando aparecen los mencionados tres primeros volúmenes, en los

comienzos del sexenio de Luis Echeverría, la política indigenista iniciaba una etapa de expansión, alineada al discurso populista y nacionalista del régimen presidencial. Gonzalo Aguirre Beltrán era el nuevo director del INI y Alfonso Villa Rojas el subdirector; ambos escribieron sendos textos en defensa de la política indigenista y se refirieron a mi ensayo.

Con el programa de invitación a antropólogos jubilados con una obra relevante, llegaron al Instituto los destacados maestros: Barbro Dahlgren, Johanna Faulhaber, Ada D'Aloja, Ignacio Bernal, Alfonso Villa Rojas y Gonzalo Aguirre Beltrán. La experiencia con los dos últimos fue, para mi sorpresa, respetuosa y estimulante. Ambos fueron compañeros de trabajo que llegaban cotidianamente a su cubículo y participaban con sencillez y simpatía en las reuniones de los investigadores. En varias de estas reuniones pude conversar con Aguirre Beltrán, pero con quien tuve un largo diálogo fue con don Alfonso Villa Rojas. Hombre de una vasta experiencia académica, que había tratado con notables antropólogos, como Robert Redfield y Bronislaw Malinowski, entre otros; tenía una amplia visión de la antropología y de los antropólogos. Buen conversador, dotado de fina ironía, gustaba estar al tanto de las novedades bibliográficas.

Villa Rojas se alejó del Instituto a raíz de los cambios realizados con el relevo del primer director, pero sobre todo como una muestra de disgusto por el rechazo que un grupo considerable de investigadores y la nueva dirección manifestaron al Instituto Lingüístico de Verano. De hecho, dos misioneros-lingüistas estaban ya trabajando en nuestro instituto. Aun cuando yo no concordaba con la postura de Villa Rojas por su enorme simpatía hacia la cultura y las instituciones de Estados Unidos, y por su muy institucional actitud hacia la política nacional, ello no fue obstáculo para beneficiarme de su sabiduría y de su erudición.

LOS AVATARES DEL SINDICALISMO

La fundación y desarrollo del Instituto de Investigaciones Antropológicas tendría como uno de sus trasfondos políticos la emergencia y florecimiento del sindicalismo universitario, una experiencia que afectaría de muchas maneras a la pequeña comunidad de Antropológicas, la más positiva de las cuales fue el establecimiento de una estrecha camaradería entre los académicos y los trabajadores, generada sobre todo en las guardias, las marchas y las diversas tareas del activismo sindical. Eran días en que todavía no nos afectaba el elitismo de la nobleza burocrática universitaria, ahora plenamente instalado.

Recién ingresado a la Sección de Antropología, presencié un movimiento huelguístico que duró algunos meses y luego del cual renunciaría a la rectoría

el doctor Pablo González Casanova. De ese tiempo recuerdo al agitador que había tomado la rectoría, Miguel Castro Bustos y al pintor que lo acompañaba, de apellido Falcón, quien realizaba un enorme mural con la efigie del Che Guevara en el exterior de uno de los edificios que rodeaban el espacio abierto de “Las Islas”, al oriente de la rectoría. Este primer ciclo se cerraría con la tumultuaria toma de posesión del nuevo rector, el doctor Guillermo Soberón, en el estacionamiento de la Facultad de Medicina. No se presagiaban los nuevos tiempos en que se daría paso a la represión del sindicalismo y a una orientación tecnocrática, conservadora, de la política universitaria, exactamente en el sentido opuesto al humanismo y a la orientación social del programa del doctor González Casanova.

La experiencia más intensa y traumática, que afectaría a quienes estábamos sindicalizados y participábamos activamente, fue la ocupación violenta de Ciudad Universitaria por las fuerzas policiacas en la madrugada del 7 de julio de 1977. Estábamos de guardia esa noche, junto con otros sindicalistas, Enrique Gudiño, trabajador; Juan José Rendón y yo, académicos, cuando fuimos golpeados y detenidos. También fueron detenidos, igualmente con violencia, los propios dirigentes, como Eleazar Morales, Pablo Pascual, Erwin Stephan Otto y José Woldenberg, entre otros, como lo descubriríamos al llegar al cuartel de granaderos en Balbuena, en donde fuimos concentrados la mayor parte de los sindicalizados apresados.

Para ese año las instalaciones de nuestro Instituto estaban en el antiguo edificio de Geología, junto al Centro de Estudios de Lenguas Extranjeras, el CELE, sobre el Circuito Escolar. Como el edificio de Antropológicas estaba cerrado y sellado, frente a la entrada principal se había instalado una tienda de campaña en la que había comida, periódicos, una estufa pequeña y un tanque de gas; el dormitorio era la planta baja del edificio del CELE, que estaba todavía sin ocuparse. Ahí se apilaban cobijas y bolsas de dormir de la gente de Antropológicas y del propio CELE.

En la noche del 6 de julio se realizó una marcha y una asamblea en un local fuera de Ciudad Universitaria. A los que estábamos de guardia nos llegó la noticia de que se había reunido mucha gente y que la marcha había sido un éxito; pero más tarde llegó el rumor de que los dirigentes habían sido detenidos. No lo creímos. Pero ya en la madrugada, como a eso de las 4 am, nos pasaron a informar que Ciudad Universitaria estaba rodeada por policías; “es sólo una provocación”, nos dijeron, “manténganse tranquilos”. Pero a las 5 am comenzaron a pasar algunos grupos de personas corriendo presurosas y llevando auestas cobijas y otras pertenencias, “¡Está entrando la policía!”, nos gritaron. ¿Qué hacer?

Esa noche yo había llevado mi “vocho” bien cuidado y por lo tanto en apariencia nuevo, así que, repuesto de la sorpresa, pensé que había que huir y abordé mi automóvil, junto con Enrique, Juan José y otro compañero cuyo nombre no recuerdo. Salimos por el Circuito Escolar rumbo a la avenida de los Insurgentes, avanzamos no más de 200 metros cuando nos encontramos de frente con un enorme *buldozer* cuyos reflectores nos apuntaron. En el momento en que detuve el “vocho”, se lanzó sobre nosotros un grupo de judiciales que nos sacaron jalándonos de los cabellos y golpeándonos con garrotes. A lo largo del recorrido hacia un autobús, estacionado ya en la lateral de Insurgentes, nos dieron puñetazos, patadas y garrotazos mientras corríamos. Al abordar el transporte nos pidieron los cinturones y nos indicaron con gritos soeces que nos mantuviéramos agachados. A Juan José le tocó el asiento que estaba sobre las llantas, y cada vez que pasaba un guardia, le daba un golpe en la espalda para que se agachara más, pero simplemente no podía, así que tuvo que soportar los sucesivos golpes y gritos.

Mientras esperábamos en el autobús a que subieran a más detenidos, en la radio del conductor se daba la noticia de la ocupación policiaca y del desalojo de los huelguistas. En seguida se escuchó una entrevista al senador por Chiapas, Horacio Castellanos Coutiño, anteriormente procurador de justicia del DF, quien justificaba este acontecimiento a todas luces represivo.

El autobús se acabó de llenar con policías que habían participado en la operación. Muchos de ellos eran jóvenes con el corte de pelo al estilo militar. Los que coordinaban la acción, vulgares y agresivos, se mofaban de nuestra condición de universitarios y lanzaban patadas y puñetazos sobre quienes estaban cerca. En un momento dado, nos ordenaron que bajáramos del autobús, que por cierto era del tipo de servicio foráneo, para cambiarnos a un desvencijado camión de servicio urbano. Al bajar y dirigirnos al otro vehículo apareció una cámara de televisión cuyo reflector nos dio en el rostro. Por esta toma mis familiares y amigos se enterarían de que había sido detenido, pues la imagen fue transmitida por los noticieros de ese día.

Cuando el camión arrancó pude darme cuenta de la magnitud del despliegue policiaco y televisivo, pues frente a la explanada del Estadio Olímpico se alineaba una gran cantidad de autobuses y motocicletas de policías, lo mismo que en el lado de Rectoría; incluso era posible ver, precisamente al pie de este edificio universitario, al locutor del noticiero, Joaquín López Dóriga, atildado, como recién bañado, iluminado por los poderosos reflectores y frente a las cámaras, todo lo cual se destacaba en medio de la oscuridad de la madrugada. El camión avanzó escoltado por numerosos motociclistas, mientras que en la calle se veía a

la gente que acudía diligentemente a sus labores. Algunos volteaban extrañados al ver ese despliegue de motociclistas que se abría paso con militar aspecto.

Al llegar al cuartel de granaderos pudimos observar a numerosos grupos de jóvenes que hacían ejercicios de artes marciales, como karatecas y manejadores de *chacos*. Cuando el autobús se detuvo frente al cuartel, uno de esos jóvenes se nos acercó y preguntó a quien estaba en la puerta: “¿Entraron en acción?”, a lo que el interpelado respondió con un gesto negativo de decepción. Juan José creyó que nos habían llevado a la Academia de Policía, yo en realidad no tenía la menor idea de dónde estábamos. La gran sorpresa vino cuando al bajar pasamos por un cuarto donde estaban, sentados en el piso y pálidos, los miembros de la directiva del sindicato. Reconocí de inmediato a Eleazar Morales y a Erwin Stephan-Otto. Había un denso ambiente de derrota que despojaba de cualquier alegría este momento de encuentro.

Luego de bajar del camión nos reunieron en el patio y nos rodearon de guardias armados con metralletas que blandían como listas para ser usadas. Comenzaba entonces un periodo de incertidumbre y de constantes humillaciones. Varios compañeros manifestaron temor de que nos fueran a lastimar y matar. Juan José pensaba, extremadamente inquieto, que podía repetirse una represión como la del 68. Un maestro del CELE, español que daba clases de ruso, no sabía si tenía que deshacerse de un llavero metálico con un bonito escudo de la Unión Soviética con el que lo pudieran incriminar. Nos llevaron varias veces a oficinas en las que, una y otra vez, registraban nuestros datos personales, nos fotografiaban como delincuentes con fichas numéricas y nos tomaban las huellas dactilares de todos los dedos.

En la larga espera, un tema de conversación recurrente entre los grupos que formábamos era acerca de las circunstancias en que cada quien había sido detenido. Un estudiante de economía narró que estaban en asamblea permanente y, cuando llegó la policía, todo mundo corrió buscando escabullirse. Él logró subir a la azotea del edificio y permaneció en ésta por algunas horas, pero en el gran silencio de la mañana, y curioso por saber qué había sucedido, bajó de su escondite para ser detenido de inmediato y enviado al cuartel. Un vigilante del CELE contó que había echado a correr junto con otros compañeros, hacia el periférico, atravesando los pedregales y saltando la barda que rodea Ciudad Universitaria, sólo para descubrir una larga fila de policías que los estaba esperando garrote en mano: a él lo habían golpeado enterrándole los extremos de los garrotes en el vientre.

Al mediodía, bajo el sol, teníamos hambre y continuábamos con la incertidumbre de nuestro futuro. Un vendedor de helados se acercó por una parte

en que sólo había una reja. Algunos alcanzamos a comprar un barquillo, pues pronto agotó su existencia. Ése fue el desayuno. Entre los que nos vigilaban, alguno leía *La Prensa*, en cuya primera plana se veía a un uniformado de alto grado dando la mano a un trajeado funcionario universitario; me pareció que era Guillermo Soberón que saludaba y agradecía efusivamente al general Arturo Durazo, teniendo como fondo la torre de Rectoría. Eran dos destacados protagonistas de la operación policiaca y del sexenio de López Portillo. En la cercanía de los patios, donde nos agrupábamos los detenidos, estaba un elegante automóvil con un funcionario dentro y su escolta armada; por la ventanilla sacaba el brazo, para apoyarse y sacudir la ceniza de su cigarrillo. Al poco rato, un escolta bajó del auto y guardó la metralleta en la cajuela. Pude reconocer entonces que quien estaba dentro era el comandante Sahagún Baca, denunciado posteriormente junto con Durazo por estar implicado en el tráfico de drogas.

Por la tarde de ese día llegó un carro de bomberos con comida. Nos repartieron un bolillo y un plato con huevos revueltos a cada uno. Los devoramos ávidamente pues eran los primeros alimentos que probábamos. En la noche nos llevaron a un galerón vacío y lleno de polvo; había que dormir en el piso y cada quien comenzó a acomodarse en su pedazo de suelo para pasar la noche; yo no podía dormir y me encaminé al cuarto, donde estaban los dirigentes, ahí Eleazar me cedió un pupitre para que tratara de dormir. Y ahí pasé la noche.

Al día siguiente, ya por la tarde, nos hicieron subir a varios camiones que fueron saliendo espaciadamente, es decir, con una diferencia de media a una hora entre uno y otro. Ya en el camino, nos fueron bajando en la calle, a uno o dos en un punto, luego avanzaban varias cuadras y dejaban a otros cuantos. Yo bajé por el rumbo de la avenida Plutarco Elías Calles y tomé un trolebús que me llevó al Altillo, en avenida Universidad, de ahí tomé un colectivo para llegar a mi casa, donde me di un baño y dormí largamente. De momento quería olvidarme de todo, y ya para el día siguiente me reporté con mi familia, mis compañeros de trabajo y colegas que se habían movilizadado para averiguar el paradero y la identidad de los detenidos.

Cuando me detuvieron, estando ya en el autobús, los policías me pidieron las llaves del “vocho”, así que se las entregué. Luego de todos los incidentes de la detención, y de haber retornado al trabajo, inicié los trámites para localizar mi auto. Un amigo, Alfonso Gasca, averiguó que estaba en un corralón por el rumbo de Cabeza de Juárez. Para poder sacarlo tuve que ir a la guardia de agentes que estaba en Tlaxcoaque, en el centro de la ciudad. Me presenté con uno de los comandantes, quien luego de preguntar mis datos personales, sacó una gruesa carpeta de cartulina que tenía escrito con plumón, y en grandes letras, la palabra

“subversivos”, para darme en seguida el documento que me permitiría sacar el carro. En los pasillos y en las oficinas pude reconocer a los mismos agentes que habían participado en el desalojo y detención de quienes defendíamos un sindicato que agrupara a trabajadores y académicos universitarios.

Hubo otras huelgas posteriores, todas ellas derrotadas, hasta donde recuerdo. Ante las disposiciones legales que separaban a trabajadores y académicos, siguió el esfuerzo por consolidar el sindicato de los académicos; pero luego de una votación para definir la titularidad del contrato colectivo, en la que ganaron las APAUNAM, el ánimo decayó y los últimos sindicalistas que quedábamos en el instituto nos dispersamos. La última experiencia fue la del paro realizado por los estudiantes que protestaban por el aumento de las cuotas de inscripción que había autorizado el rector Francisco Barnés; yo me uní a un grupo de académicos que tratábamos de participar en el movimiento. Participé en una marcha que salió de Ciudad Universitaria y llegó a las oficinas provisionales del rector en San Jerónimo Aculco, pero pronto fue evidente que los estudiantes no querían el apoyo de los académicos, como se pudo apreciar cuando descalificaron a un grupo de académicos eméritos entre los que figuraba nuestro compañero Alfredo López Austin, quien abogaba por el establecimiento de un diálogo entre estudiantes y autoridades. Aun cuando las instalaciones de nuestro Instituto no fueron tomadas, estábamos bajo la incertidumbre de que ello ocurriera en cualquier momento y lenta e insensiblemente nos fuimos aislando.

Cuando las actividades se reanudaron, luego del desalojo del 5 de febrero del año 2000, pude advertir que muchos de nosotros habíamos compartido una sorda depresión colectiva.

Es indudable que las vicisitudes del movimiento sindical han afectado la actividad académica de la universidad de muchas maneras, y es un referente que ha dejado su marca tanto en las actividades de investigación y docencia desarrolladas en Antropológicas, como en la experiencia misma, personal, de quienes hemos participado de diferente manera; sin embargo, es algo que escasamente se menciona o considera cuando narramos las brillantes historias de hallazgos y logros científicos.

LOS QUE SE NOS ADELANTARON

Finalmente, me gustaría referirme a los compañeros etnólogos que han fallecido en este lapso de los primeros treinta años del Instituto de Investigaciones Antropológicas, quienes de una u otra manera han dejado una huella indeleble

que se deja ver de muchas maneras en nuestras actividades académicas. Así, al pasar de los años, y en la medida en que trabajo sobre los antecedentes coloniales del sistema de cargos, particularmente en la cuenca de México, reconozco la enorme importancia de la obra inconclusa de Fernando Horcasitas, cuyo único volumen publicado, *El teatro náhuatl*, abre muy ricas y sustanciosas vetas de investigación, lo mismo que sus trabajos hechos con doña Luz Jiménez acerca de la historia oral de Milpa Alta, trabajos pioneros que escasamente han sido continuados.

No tuve una amistad cercana con Fernando Horcasitas, no obstante, puedo decir que era una persona afable y cortés, con quien se podía conversar amablemente. Con él fui alguna vez a la fiesta del pueblo de Xoco, en donde está ahora la Plaza Coyoacán; asimismo, él nos llevó por vez primera, a un grupo en el que estábamos Elsa Malvido, Noemí Quezada, Beatriz Albores y yo, a San Mateo Atenco, un pueblo del valle de Toluca que todavía tenía chinampas y canales, y cuya historia, que Fernando conocía bien, revelaba un pasado de fuerte presencia política y económica entre los pueblos de la región. Fue en esa ocasión que lo escuché hablar en náhuatl con una señora que le proporcionaba material histórico y lingüístico.

Al leer a otros autores que han escrito sobre los pueblos nahuas del periodo colonial se puede advertir la presencia de las investigaciones de Horcasitas, no siempre reconocidas en los textos, pero reconocibles en los datos y en las fuentes citadas. Me parece que una de las tareas pendientes en nuestro Instituto es un homenaje y una revaloración de su obra, pues sigue siendo una importante contribución al conocimiento de la historia y la cultura de los pueblos indios.

Manuel Jiménez llegó al Instituto lleno de vida y de planes; inquieto, dicharachero, con una rica experiencia de trabajo entre los pueblos purépechas. Su tesis de maestría, una investigación realizada en Huáncito, obtuvo el premio Julio de la Fuente del INI. Luego trabajó, entre los mayas de Yucatán, cuestiones de educación, para posteriormente dedicarse a investigar la fiesta de La Candelaria en Tlacotalpan y Alvarado, pueblos ribereños del río Papaloapan, en Veracruz.

Manuel había estudiado antropología en la escuela de Xalapa, donde también había llevado clases de teatro. Originario de Tuxpan y miembro de una familia grande, tenía la chispa y el estilo gracioso de los costeños veracruzanos. Con grandes ausencias por sus temporadas en el trabajo de campo, un día me comentó que se había enfermado de algo que no se sabía bien a bien qué mal era. Había viajado a Nueva York, donde vivía uno de sus hermanos, para que le hicieran varios estudios. Comenzó a adelgazar y a ausentarse del Instituto; luego supe que estaba muy grave, hasta que un día Dolores Soto me avisó que Manuel estaba agonizando en su departamento. Acudimos Lola y

yo. Acompañaban a Manuel su esposa, Virginia Molina y su hija Claudia. Agonizaba Manuel en su lecho respirando estrepitosamente, los ojos cerrados, quejándose, aferrándose desesperadamente a la vida. Nos acercamos. Claudia le tomaba de la mano y le hablaba cariñosamente para que encontrara el reposo que necesitaba finalmente, unas horas después, falleció.

María Montoliú llegó al Instituto con el grupo de investigadores que salió del Centro de Estudios Mayas. Era una mujer joven y muy bella, inteligente, discreta. Trabajaba sobre la cosmovisión de los mayas yucatecos y preparaba diversos materiales sobre los mayas de Belice. Platicué con ella a raíz del terremoto de 1985, cuando acudió al devastado centro de la ciudad de México, y en el derruido edificio en el que había vivido su infancia encontró, entre los escombros, una valiosa colección de discos de ópera, algunos de ellos autografiados. Los guardó y se dedicó a buscar a la propietaria, pues pronto se enteraría que era una cantante de ópera; pero no sabía si había muerto, pues no aparecía alguien con sus señas entre los cuerpos reconocidos. Fue entonces cuando me narró que había crecido en el centro de la ciudad vieja, donde estaban los más importantes teatros y cines. Sus padres, refugiados españoles, eran artistas de teatro y se habían instalado en el centro para estar cerca de su trabajo. Músicos, autores, técnicos y actores se reunían en los restaurantes y bares del centro, así que ella conocía bien esa parte de la ciudad donde había crecido. Esta dura experiencia le llevó a preparar un artículo sobre la vida en esa parte de la ciudad. La ilustró con imágenes tomadas de carteles y programas de su propia colección, y publicó su artículo en *Anales de Antropología*. Afectada por cáncer en el seno, se recuperó al primer embate, pero el mal volvió a aparecer y esta vez María sucumbió, provocando una honda consternación entre los compañeros del Instituto, quienes no dábamos crédito a esta desgracia.

A diferencia de la mayor parte de los investigadores que llegamos jóvenes y construyendo todavía el futuro, Luis González Rodríguez se incorporó ya en plena madurez; primero contratado como editor de *Anales de Antropología*, luego de la renuncia del doctor Comas, quien de esta manera protestaba por el mal trato de que era objeto como académico por parte de la dirección del Instituto.

Luis González prosiguió con sus investigaciones sobre los religiosos cronistas del norte de México, lo que hacía buscando en archivos y bibliotecas de Europa que conocía muy bien por vínculos establecidos durante su formación como jesuita. Recibió Las Palmas Académicas del gobierno de Francia y fue asimismo el traductor del gran etnólogo francés Claude Lévi-Strauss cuando visitó el Instituto, para darnos una conferencia y departir en una comida que se le ofreció para celebrar que la UNAM le otorgara el doctorado *Honoris Causa*.

Luis González tuvo una destacada participación en la legislación indigenista hecha en el estado de Chihuahua, pues era un profundo conocedor de la historia y la cultura de los tarahumaras. La aparición de un edema cerebral le obligó a permanecer en su casa y ocasionalmente venía al Instituto en su silla de ruedas, y nos saludaba con la afabilidad de siempre, hasta que el avance de su enfermedad se lo llevó a la tumba.

Leticia Méndez y Mercado llegó de París con su doctorado y formada con el prestigiado antropólogo Maurice Godelier. Trajo al Instituto el tema de la identidad, que desarrolló en sus investigaciones y le llevó a organizar el III Coloquio Paul Kirshhoff, al que invitó a los más importantes autores para que presentaran una ponencia y discutieran entre sí y con nosotros diversos temas de estudio. Los materiales del coloquio fueron reunidos en un volumen para su publicación, pero la muerte inesperada de Leticia, víctima también del cáncer, le impidió ver esta obra terminada.

Leticia era una persona agradable y discreta, no hacía aspavientos con sus investigaciones, trabajaba con constancia y disciplina. Hacía trabajo de campo en el Pedregal de Santo Domingo, en Coyoacán, entrevistando a mujeres inmigrantes mixtecas. Viajaba también a la Mixteca Alta, en Oaxaca, siguiendo los pasos de los inmigrantes que había encontrado en la ciudad de México. Dejé de verla y supe que estaba afectada por el cáncer; posteriormente, la vi en un encuentro académico realizado en el auditorio del Instituto y sólo pude saludarla de lejos. No volvería a saber de ella hasta que me enteré de su fallecimiento.

Finalmente, quiero rendir un sencillo homenaje a Barbro Dahlgren, a la maestra que conocí en la vieja ENAH de las calles de Moneda, con quien cursé etnografía antigua de México y compartí la experiencia de redactar mi tesis de etnología, pues fue mi directora. La erudita de memoria maravillosa, de plática pausada y cálida, de referencias bibliográficas inesperadas, llegó al Instituto para continuar con sus enseñanzas; pero también se dedicó a impulsar los coloquios sobre “Historia de la religión”, de los que organizó tres, publicando los resultados en sendos volúmenes con valiosas contribuciones. Éstos dieron presencia a la Sociedad Mexicana de Estudio de las Religiones, de la que ella era presidenta.

De activa presencia en el Instituto, con su taza de café en la mano, Barbro recorría los pasillos y entraba a los seminarios que le interesaban; una opinión o comentario suyos eran siempre valiosos. Desafortunadamente el mal de Alzheimer la fue minando lentamente hasta que tuvo que retirarse y recluirse en Cuernavaca, para pasar sus últimos días. Su espléndida biblioteca pasó a incorporarse a los varios fondos que han enriquecido el acervo del IIA.

El 5 de agosto de 2003 falleció en la ciudad de México Noemí Quezada, querida amiga y condiscípula desde la ENAH. Noemí y yo ingresamos al Instituto en la misma fecha, el 1° de abril de 1972.

Había ya un compromiso del Instituto para participar en un proyecto de investigaciones que se desarrollaba en el valle del Mezquital, dirigido por Sergio de la Peña, Raúl Benítez y Roger Bartra, y en colaboración con el Patronato Indígena del Valle del Mezquital, cuyo vocal ejecutivo era el antropólogo Maurilio Muñoz Basilio, originario de esa misma región. A Maurilio le debo la primera indicación para asistir a la ENAH, estaba todavía en la prepa, en la que su hermano Jesús era mi condiscípulo y con quien me reunía para estudiar las materias difíciles.

Con Noemí trabé una intensa amistad desde los días de estudiantes, era parte del grupo en el que participábamos Gabriel Moedano, Silvia Ortiz, Roberto Cervantes, Juan Bonilla, Walter Hope, José de Jesús Montoya, entre otros. Fuimos alumnos cercanos de la maestra Dahlgren, pues tanto a ella como a mí nos dirigió nuestras respectivas tesis de maestría. Luego ella fue a hacer su doctorado en Francia y yo obtuve una beca para ir a Chicago, con lo que establecimos una animada correspondencia. Al regresar, nos reinstalamos en el INAH, ella en Históricas y yo en el Museo de Antropología. Luego nos reencontramos al ingresar a la Sección de Antropología de la UNAM.

La experiencia en el valle del Mezquital fue muy estimulante, recorrimos la mayor parte de los pueblos otomíes productores de artesanías; ella era una excelente trabajadora de campo y en esos días conversábamos ampliamente de nuestros planes de trabajo y de nuestros problemas familiares. Los resultados del trabajo los publicamos en la UNAM y posteriormente colaboramos en diversas actividades académicas.

Un resultado de nuestros intereses compartidos fue la idea de crear un Seminario de Estudios Otomíes, lo que cristalizó cuando Luis Vargas fue director del Instituto, aunque el nombre cambió al de Otopames.

Organizadora entusiasta, alimentó la idea promovida por Guadalupe Sánchez de celebrar un desayuno anual de los nacidos bajo el signo de Capricornio.

Su muerte fue una desconcertante sorpresa, pues si bien sabíamos que estaba enferma, teníamos la idea de que estaba recuperándose con el tratamiento que seguía; la noticia fue un golpe del que tardamos en recuperarnos.

La etnografía nos da los elementos teóricos y metodológicos para mirar al otro, indudablemente, pero esa misma mirada, vuelta sobre sí, puede también iluminar la conciencia de nuestro quehacer y sugerir perspectivas que le otorguen mayor profundidad y densidad.

